

## BEATO MANUEL GONZÁLEZ GARCÍA «Modelo de fe eucarística»

MISIONERAS EUCARÍSTICAS DE NAZARET

### INTRODUCCIÓN

El mundo actual nos ofrece tantas novedades... con tanto atractivo... y con promesa segura de satisfacción total... ¿Por qué, entonces, acercarnos a la vida de los *santos*, personas «de otra época»? La respuesta hay que buscarla en *su testimonio de vida*, que, inserto en la realidad histórica y marcado por nuestro mismo barro, los convierte en mediación privilegiada para descubrir y acoger el proyecto de Dios sobre la humanidad y sobre cada uno de nosotros.

En los últimos años, Juan Pablo II y Benedicto XVI, conscientes del gran tesoro que para la Iglesia peregrina constituye el misterio de la «comunidad de los santos», nos han recordado:

«El pasado y el presente se entrelazan en la fe viva de cada comunidad eclesial... y es propio de los santos seguir siendo misteriosamente “contemporáneos” de cada generación: es la consecuencia de su profundo arraigo en el eterno presente de Dios»<sup>1</sup>.

«La Iglesia vive en las personas, y quien quiere conocer a la Iglesia, comprender su misterio, debe considerar a las personas que han vivido y viven su mensaje, su misterio»<sup>2</sup>.

«Los *santos*, guiados por la luz de Dios, son los auténticos reformadores de la vida de la Iglesia y de la sociedad. *Maestros con la palabra y testigos con el ejemplo*, saben promover una renovación eclesial estable y profunda, porque ellos mismos están profundamente renovados, están en contacto con la verdadera novedad: la presencia de Dios en el mundo... La novedad de Dios es inexorable y da siempre nueva fuerza para ir adelante»<sup>3</sup>.

En estas líneas nos acercaremos a un hombre, el beato Manuel González García, que desde su sencillez, bondad y alegría irradió el gran amor que invadió su vida e impulsó toda su actividad: *Jesús de Nazaret vivo en la Eucaristía*.

Adentrarnos en la vida de un testigo de Jesús nos introduce en lo que constituyó el núcleo de su ser. Este camino puede realizarse de muy diversas formas. En el caso de Manuel González, teniendo en cuenta las múltiples obras emprendidas y su prolífera pluma en los diversos campos en los que desempeñó

1. JUAN PABLO II, carta apostólica *Operosam Diem*, 1 de diciembre de 1996, n. 3.
2. BENEDICTO XVI, *Catequesis* del 22 de abril de 2009.
3. BENEDICTO XVI, *Catequesis* del 13 de enero de 2010.

su ministerio, dejaremos que sea sobre todo él mismo quien hable. Con su estilo sencillo, directo y a la vez profundo, nos revela en cada ocasión lo que latía en su corazón y lo que deseaba transmitir<sup>4</sup>.

Es fácil constatar cómo los hombres que viven *en Dios*, al actuar, hablar o escribir, se definen a sí mismos. En un texto de don Manuel encontramos esta frase: «La tierra sin santos es Dios sin amigos en ella y los hombres sin intercesores»<sup>5</sup>. A través de estas páginas entraremos en conversación con un «amigo de Dios» y, por ello, amigo e intercesor para todos nosotros.

La ceñida extensión que requiere todo artículo impone una delimitación del campo a abarcar. En el caso de Manuel González, cuya vida es rica en acontecimientos, las páginas sobre su figura fácilmente desbordan un límite preciso. Por ello, considerando el marco que nos brindan dos eventos recientes como han sido el *Año Sacerdotal* y el *Congreso Eucarístico Nacional* que se ha celebrado en Toledo (España), tras unas breves pinceladas biográficas, nos centraremos, primero, en su vocación al ministerio sacerdotal, y dentro de ésta en el carisma eucarístico-reparador que marcó su sacerdocio; y, segundo, en algunos aspectos de su herencia espiritual como sacerdote y obispo.

Para concluir esta introducción, una palabra sobre la elección del título. Don Manuel se definió a sí mismo «Sacerdote y obispo del Corazón Eucarístico de Jesús»<sup>6</sup> y «Obispo del Sagrario abandonado»<sup>7</sup>. Cuando fue presentado al Papa San Pío X en 1912, el cardenal Almaraz lo hizo con la expresión «El apóstol de la Eucaristía»<sup>8</sup>. Y Juan Pablo II, al proclamarlo Beato, lo presentó a la Iglesia como «Modelo de fe eucarística»<sup>9</sup>.

Sin dejar de valorar cada una de las expresiones, que, con diferentes matices, le definen perfectamente, hemos optado por la última: «*Modelo de fe eucarística*». En ésta se incluyen tres términos que encierran el objetivo de este artículo. Si nos acercamos a la vida del beato Manuel González es precisamente porque su testimonio constituye un *modelo* para nuestra vida de *fe* anclada en el Misterio redentor, siempre presente y actual en la *Eucaristía*.

### 1. QUIÉN ES EL BEATO MANUEL GONZÁLEZ

Manuel González García, obispo de Málaga y de Palencia, fue una figura significativa y relevante de la Iglesia española durante la primera mitad del siglo XX. Posiblemente las personas que por caminos y circunstancias diversas se

4. De sus libros tomaremos la versión publicada en los tres tomos de las *Obras Completas*, publicadas por la editorial *El Granito de Arena* (EGDA), Tutor, 15-17, 28008 - Madrid.

5. *Florejillas del Sagrario o En busca del Escondido*: OO.CC. I, n. 2.767.

6. *Artes para ser apóstol*: OO.CC. III, n. 4.790.

7. *Aunque todos... yo no*: OO.CC. I, n. 120.

8. *Ib.*, n. 109.

9. JUAN PABLO II, *Homilía en la Misa de Beatificación*, 29 de abril de 2001.

encontraron con la presencia sacerdotal entrañable de don Manuel intuyeron que «algo» en él se salía de la rutina. Había comenzado un camino nuevo, especialmente por la concepción del sacerdocio y cómo vivirlo en concreto.

Nació en Sevilla el 25 de febrero de 1877 y fue el cuarto de los cinco hijos de una familia humilde y profundamente religiosa. La vivencia cristiana de sus padres y el buen ejemplo de sacerdotes le llevaron a descubrir su vocación.

El 21 de septiembre de 1901 recibió de manos del beato cardenal Marcelo Spínola la ordenación sacerdotal. El 2 de febrero de 1902 llega a Palomares del Río, en Sevilla, donde había sido enviado a predicar una misión. Allí Dios le marcó con la gracia que determinaría su trayectoria sacerdotal. Las primicias pastorales de don Manuel se vieron coronadas como capellán del Asilo de las Hermanitas de los Pobres el 8 de febrero de 1902.

En 1905 es nombrado cura ecónomo de la parroquia de San Pedro de Huelva, y a los pocos meses arcipreste de esa ciudad, entonces dependiente de Sevilla. Se encontró con una situación de notable indiferencia religiosa, pero su amor e ingenio abrieron caminos para reavivar pacientemente la vida cristiana.

La entrega generosa de don Manuel y su vivencia auténtica del sacerdocio son, sin duda, el motivo de la confianza que el Papa deposita en él, nombrándolo Obispo de Málaga en 1916.

En 1931 se proclama la República y le queman el palacio episcopal. Entonces se traslada a Gibraltar para no poner en peligro a quienes lo acogen. Desde 1932 rige su diócesis desde Madrid. En 1935 es nombrado Obispo de Palencia, donde entregó los últimos años de su ministerio episcopal.

Murió el 4 de enero de 1940 y fue enterrado en la Catedral de Palencia, donde podemos leer el *Epitafio* que él mismo escribió: «Pido ser enterrado junto a un Sagrario, para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejéis abandonado!».

Fue beatificado por el Papa Juan Pablo II en Roma, el 29 de abril de 2001. En octubre de 2009 se inició en Madrid el proceso diocesano de un presunto milagro atribuido a su intercesión, que confiamos culmine en la canonización.

También hay que destacar, durante todos los años de su actividad pastoral, la profusión de sus escritos. Con estilo profundo, ágil y lleno de gracia andaluza transmitió el amor a la Eucaristía, introdujo en la oración, formó catequistas, guió a los sacerdotes. Entre sus libros destacan: *El abandono de los Sagrarios Acompañados*, *Oremos en el Sagrario como se oraba en el Evangelio*, *Lo que puede un cura hoy*, *El Rosario sacerdotal*, *Un sueño pastoral*, *Así ama Él*, *Jesús callado*, *Artes para ser apóstol*, *La gracia en la educación*, *Cartilla del catequista cabal*, *Arte y Liturgia*, etc.

Además, fue un gran exponente de la prensa católica de principios del siglo XX con la creación de las revistas *El Granito de Arena*, para adultos, y *RIE*, para niños, que se siguen publicando desde hace más de 100 años.

### 2. LA VOCACIÓN EN MANUEL GONZÁLEZ

El hombre viene a la vida porque es amado, pensado y querido por una Voluntad buena, y al venir a la vida, lleva y encuentra en sí la imagen de Aquél que le ha llamado.

*Vocación* es la propuesta a realizarse según esta imagen, es la llamada a manifestar un aspecto particular del pensamiento de Dios. Ahí encuentra su nombre y su identidad; afirma y pone a seguro su libertad y su originalidad<sup>10</sup>.

Si, pues, todo ser humano tiene su propia vocación desde el momento de su nacimiento, vamos a ver cómo se va manifestando este proyecto de Dios en Manuel González.

#### 2.1. *El bautismo y la novedad cristiana*

«¡Qué verdad tan bella y qué belleza tan verdadera es la obra que realizan en las almas el bautismo y la misa! En el bautismo muere con Cristo y queda sepultado el hijo del pecado y resucita hijo de Dios, hermano de Jesús, heredero con Él del reino del Padre; en la misa el hijo adoptivo del Padre Dios ofrece, como sacerdote, y se ofrece, como hostia, con Jesús Sacerdote-Hostia. Del baptisterio salimos hijos de Dios, del altar salimos hijos sacrificados, hostias ofrecidas al Padre Dios»<sup>11</sup>.

Toda vocación se encuentra radicalmente enraizada en la primera llamada de Dios al hombre, en el diálogo interpersonal, que caracteriza las relaciones entre Dios y el hombre desde el mismo momento de la creación (cf. Gn 1,26ss). Para el cristiano la vocación está además vinculada a la *consagración bautismal* (cf. *Perfectae caritatis*, 5). Es en el bautismo donde Dios concede al hombre su don fundamental, que crea en él una dirección sobrenatural hacia el Dios que le habla.

El bautismo es la raíz primera que originó la nueva condición de Manuel como cristiano y como creyente, y es la que constituye su más profunda fisonomía, la que está en la base de su vocación sacerdotal y carismática. Es lo que le identifica: ser cristiano en el misterio de la Iglesia<sup>12</sup>.

En el sacramento del bautismo el Padre se inclina con ternura sobre la criatura, nacida del amor entre un hombre y una mujer, para bendecir el fruto de aquel amor y hacerlo plenamente suyo. Nada ni nadie podrá cancelar jamás esta vocación. Es el Padre quien conoce, designa, imprime un impulso, llama «antes de la fundación del mundo» (Ef 1,4).

10. Cf. OBRA PONTIFICIA PARA LAS VOCACIONES ECLESIASTICAS, *Nuevas Vocaciones para una nueva Europa*, 6 de enero de 1998, n. 13.

11. *Así ama Él*: OO.CC. I, n. 317.

12. Fue bautizado el 28 de febrero en la parroquia de San Bartolomé Apóstol, de Sevilla. Cf. CAMPOS GILES, J., *El Obispo del Sagrario abandonado*, Madrid 2000<sup>6</sup>, 7.

El ambiente cristiano en el que vivió envuelto Manuel nos hace entrever cómo desde su infancia estuvo rodeado de un profundo sentido humano y cristiano<sup>13</sup>. Hay algunas anécdotas que nos confirman esa perspicacia sobrenatural que tuvo desde niño:

«–Mamá, ¿qué le pasa?

–Nada, hijo mío... Esto no lo puede arreglar más que la Virgen. Anda, llévate a tus hermanitos y cuéntale a la Virgen de la Alegría lo que me pasa.

Los cogió de la mano, penetró en el templo, los puso de rodillas a su lado, frente al altar de la Virgen, cruzó los brazos, clavó en la imagen aquellos ojos azules, como su manto, y de esta manera habló:

–Madre mía, dice mi mamá que hoy tiene un apuro.

Y siguió contándole, para que se enterara bien aquella Virgen bonita del came-rín. Sus hermanitos cansados ya de estar de rodillas, poco a poco iban dejando caer el cuerpo sobre los sufridos tobillos. Por fin acabó el relato de sus penas.

–Ea, vamos, pero antes la despedida.

Y todos, comenzaron a rezar la oración que les había enseñado la madre: «Virgen Santísima, Madre piadosa, amparadme ahora y en la hora de mi muerte». Hubo de complacerle no poco a la celestial Señora aquella súplica ingenua de sus labios inocentes, pues al volver a la casa ¡ya no había apuros!... La Virgen de la Alegría se llevó con una sonrisa de sus labios todas las penas de la afligida madre»<sup>14</sup>.

La vida cristiana de Manuel estuvo marcada por una experiencia responsable: mirar a lo alto como hijo, para llevar a cabo el discernimiento de la voluntad del Señor sobre su propia vida y su futuro.

## 2.2. *Don y acogida*

Un paso muy importante en su vida y en su formación fue el ingreso en el colegio de San Miguel. Allí se formaban y estudiaban, bajo la dirección del Cabildo, los niños de coro; además fue seleccionado para ser *seise* de la catedral de Sevilla<sup>15</sup>.

En este colegio catedralicio vivió dos fuertes experiencias: el amor a la Virgen Inmaculada y la devoción al Santísimo Sacramento; a partir de aquí su vocación

13. Así nos describen a sus padres: «Era don Martín un cristiano laborioso y honrado, exacto cumplidor de sus deberes religiosos. Su elevada estatura, robusta complexión y arrogante gesto contrastaban con un aire de bondadosa sencillez. Doña Antonia era verdaderamente un ejemplar completo de la mujer fuerte de los Proverbios. De alma grande y generosa, ingenio agudo y fina perspicacia, de una rara discreción y gran talento práctico, unido a un carácter vivo y enérgico, simpático y alegre, era el sol de su hogar» (CAMPOS GILES, J., o.c., p. 4).

14. CAMPOS GILES, J., o.c., p. 12.

15. La aparición de los *seises* data del año 1439. En el 1532 se fundó el colegio de San Miguel, donde los niños de coro cursaban sus estudios. Estos niños danzaban con ocasión de las solemnidades del *Corpus Christi* y de la Inmaculada Concepción. En la actualidad lo siguen haciendo (cf. CAMPOS GILES, J., o.c., p. 15). El 30 de mayo de 2001, un mes después de su beatificación, don Manuel fue nombrado *Patrón de los seises*.

al sacerdocio se iba interiorizando y definiendo. «Como demuestra una larga experiencia, la vocación sacerdotal tiene, con frecuencia, un primer momento de manifestación en los años de la preadolescencia o en los primerísimos años de la juventud. E incluso en los que deciden su ingreso en el seminario más adelante, no es raro constatar la presencia de la llamada de Dios en períodos muy anteriores» (*Pastores dabo vobis*, 63).

El origen de la vocación proviene siempre de la iniciativa del Señor. Él es quien llama. ¡Qué bien entendió Manuel esta afirmación! «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros» (Jn 15,16). El acontecimiento de la llamada no se realiza nunca según un esquema preestablecido; se trata ciertamente de la irrupción de Dios en la existencia de un hombre, y en el caso de Manuel la respuesta no se deja esperar.

«Ha cerrado la noche y Manolo no vuelve a casa. De pronto, sobre las piedras de la calle se oyen, atropellándose presurosas, las pisadas de alguien que más que correr vuela.

–¡Ahí viene!, es él.

–Pero Manolo, ¿qué horas son estas?

–¡Papá, mamá! No se disgusten, no me riñan, lean lo que dice aquí:

–¿Qué es esto? Su padre pasó rápidamente los ojos y cuál no sería su sorpresa cuando vio que se trataba de la papeleta de examen de ingreso en el seminario.

–Vengo del seminario y ésta es la papeleta del examen de ingreso y ¡estoy aprobado!

–¡Pero, chiquillo! ¿Cómo es eso?

Y nerviosillo miraba a sus padres que, llenos de silenciosa emoción, le abrazaban»<sup>16</sup>.

Con doce años ingresa en el seminario. Inicia los estudios en el seminario de Sevilla el curso 1889-1890. La formación que se recibía en los seminarios en la época de Manuel, tal vez, no era en todo la más adecuada. Había una gran decadencia en cuanto a la formación académica, junto a una mala organización respecto a la disciplina. A pesar de esto, Manuel se mantuvo fiel a su vocación y superó estas deficiencias. Citemos uno de los testimonios de don Anselmo Bracho, profesor suyo: «Desde sus primeros años de seminarista se distinguió por su acendrada piedad y amor al estudio, singularmente por una devoción a la Sagrada Eucaristía y a la Inmaculada, amores, que durante su vida brotaron siempre de sus labios y de su pluma»<sup>17</sup>.

Todos cuantos le conocieron íntimamente durante sus años de seminarista afirman su amor a la vocación y su firmeza y decisión de ser sacerdote; él mismo repetirá: «Si mil veces volviera a nacer, mil veces volvería a ser sacerdote». Entendió siempre el sacerdocio en toda su plenitud: *sacerdote-hostia*; así lo definirá posteriormente:

16. CAMPOS GILES, J., o.c., pp. 17-18.

17. *Ib.*, p. 19.

«Un sacerdote que cada día ofrece en honor del Padre Dios a Jesús inmolado, y se ofrece inmolado con Él, y que da cuanto tiene y se da cuanto es a las almas, sin esperar nada de ello. Es un sacerdote sacrificado a gusto en su misa de cada día en honor del Padre Dios, con y como Jesús, y dado a las almas siempre, como Jesús en el Sagrario y en la Comunión. Un *sacerdote-hostia* es un retrato vivo de la Hostia de la Misa y de la Comunión por dentro y por fuera»<sup>18</sup>.

El entramado de su vocación era, por tanto, como Jesús, hacer de su vida *un don, una ofrenda de amor*. Manuel no vivió para sí, su ideal fue siempre seguir las huellas de Cristo, reproducir y vivir sus mismos sentimientos y sus mismas aspiraciones.

El 23 de septiembre de 1900 recibe el subdiaconado y el 11 de junio de 1901 el diaconado. Al terminar su vida de seminarista, recuerda a sus profesores, superiores y condiscípulos; de entre ellos destacan tres figuras: el P. Pérez Pastor: «Penitente suyo en mis primeros años de seminario, su discípulo en algunas asignaturas de Humanidades, admirador devoto de él toda mi vida de seminarista y de sacerdote, cumplo con el deber de gratitud a su memoria y creo hacer una obra de caridad esparciendo el buen olor de una vida llena, de sacerdote cabal, porque eso era el Padre Pérez»<sup>19</sup>. El P. Juan Crisóstomo Vacas, director espiritual del seminario: «Me enseñó a hacer oración y me aficionó al celo y me introdujo en el espíritu eucarístico»<sup>20</sup>. Y el profesor José Roca y Ponsa, al que tuvo una gran veneración, fue primero su maestro, luego su amigo y siempre su admirador.

Con la ayuda de estos sacerdotes se iba acercando al altar. Él deseaba ser *sacerdote cortado a la medida del Corazón de Jesús*, y con un sueño: desempeñar su ministerio como cura de aldea. Así aparece en su exuberante imaginación:

«¡Qué encanto tenían para mi imaginación las iglesias de los pueblos! Cuatro paredes muy blanquitas, un altarcito con unos manteles muy planchados, y una Virgen vestida como las más rica aldeana y adornada con las mejores flores de sus campos, y un Sagrario muy limpio, frecuentado por los mozos al terminar las faenas del día y por las mozas antes de empezarlas y por los ancianos e impedidos del pueblo durante el día...

¿Y los domingos? La Misa del alba oída por toda la gente campesina; la Misa mayor con la plática de padre del señor cura, con su catecismo bullicioso...

¡Ah! ¡los pueblos! ¡Qué costumbres tan sanas! ¡Qué caracteres tan enteros! ¡Cuánta sencillez! ¡Cuántas veces en mis ratos perdidos de seminarista, me echaba a soñar viéndome cura de uno de esos pueblecitos; querido de mis sencillos feligreses y poniendo yo al servicio de ellos mi alma y mi vida, mirándome y tratándome ellos como a padre y desviviéndome yo por ellos como hijos míos! ¿Por qué el pueblo mío no había de ser de estos?»<sup>21</sup>.

18. *Un sueño pastoral*: OO.CC. II, n. 1.915.

19. *Artes para ser apóstol*: OO.CC. III, n. 4.895.

20. CAMPOS GILES, J., *o.c.*, p. 31.

21. *Aunque todos... yo no*: OO.CC. I, nn. 9-10.

### 2.3. *Aventura singular: encuentro con Cristo Eucaristía*

La vocación es un acontecimiento que afecta decisivamente para siempre la existencia de una persona. Percibir, asumir y vivir fielmente esta vocación o llamada es algo que se va haciendo en un proceso de maduración diversa y gradual. Cada persona es una identidad incomunicable, inapelable e intransferible. De ahí que cada persona tenga ese peso de realidad personal. Se trata de esa aventura singular de cada cual con el Dios vivo, que marca hasta la médula la existencia del hombre llamado. Cada vocación tiene su contexto en el que se descubre, se desenvuelve y se realiza.

Don Manuel es ordenado sacerdote el 21 de septiembre de 1901, en la capilla del palacio arzobispal de Sevilla, de manos de su arzobispo, el beato Marcelo Spínola y Maestre. Celebró su primera misa el 29 de septiembre en la iglesia de la Santísima Trinidad. Así comenzaba su espiritual «luna de miel», como él mismo la llama.

Él soñaba, como hemos indicado anteriormente, con ser cura de uno de esos pueblecitos de costumbres sanas, de vida apacible, sencilla. Sin embargo, el Señor le esperaba en otra realidad muy distinta. Así se entiende cómo la respuesta a la vocación no se realiza según un esquema preestablecido, se trata ciertamente de la irrupción de Dios en la existencia; la vocación es el misterio de la elección divina: «Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí» (*Jr 1,5*). La vocación no se funda en una pretensión propia, o en una decisión voluntarista, sino en la libre y gratuita revelación de Dios, en la manifestación de su plan salvífico. Y en este contexto, a los pocos meses de ser ordenado sacerdote, don Manuel recibe una gracia que marcará toda su vida y todo su ministerio sacerdotal.

El 2 de febrero de 1902 fue enviado a dar una misión en el pueblo de Palomares del Río (Sevilla). Ante el Sagrario de ese pueblo vivió una experiencia singular: allí recibió una iluminación que alcanza la categoría de *itinerario preciso de conversión*, en el que Dios toma la iniciativa. Es el camino hacia la comprensión de una realidad nueva: *el abandono de la Eucaristía y sus consecuencias*. Él mismo, años más tarde, describiría este encuentro fundamental en su vida:

«Me ordené de sacerdote y, pasado el primer cuarto de aquella espiritualmente sabrosa luna de miel, me mandaron los superiores a dar una misión a un pueblecito (...) ¡Qué planes tan risueños los que iba formando por el camino (...) Vamos a ver, amigo sacristán, ¿está muy entusiasmada la gente con la misión? ¿es muy grande la iglesia? (...) La iglesia, empezó a responderme con frialdad y lentitud mi acompañante (...) lo que pasa es que la gente se ha acostumbrado a no ir y me parece que poca va a venir a la misión: ¡como no fuera la misión en el casino o en las tabernas! (...)

Sin embargo, hay que dar la misión; Dios lo quiere y Él me ayudará. *Fuíme derecho al Sagrario de la restaurada iglesia en busca de alas a mis casi caídos entu-*

*siasmos*, y ¡qué Sagrario! (...) ¡qué Sagrario, Dios mío! ¡Y *qué esfuerzos tuvieron que hacer allí mi fe y mi valor* para no volver a tomar el burro del sacristán que aún estaba amarrado a los aldabones de la puerta de la iglesia y salir corriendo para mi casa!»<sup>22</sup>.

Pero allí permaneció. Se quedó ante el Sagrario un largo rato, solo, en silencio, abrumado por la sensación de indiferencia y abandono de todos. Fue un golpe de luz y un toque decisivo en su vida. Aquella experiencia volatilizó sus sueños y arraigó, con fuerza y para siempre, su decisión de entrega total, absoluta y realista:

«Allí, de rodillas, ante aquel montón de harapos y suciedades, *mi fe veía* a través de aquella puertecilla apollada a un *Jesús tan callado, tan paciente*, tan desairado, tan bueno *que me miraba*, (...) posaba su mirada entre triste y suplicante, *que me decía mucho y me pedía más*, una mirada en la que *se reflejaba todo lo triste del Evangelio*: lo triste del no había para ellos posada en Belén, lo triste de aquellas palabras del mendigo Lázaro pidiendo las migajas sobrantes de la mesa de Epulón, lo triste de la traición de Judas, de la negación de Pedro, de la bofetada del soldado, de los salivazos del pretorio, del *abandono de todos*»<sup>23</sup>.

De este episodio nace la decisión de dedicarse enteramente a *«cuidar a Jesucristo en las necesidades que su vida de Sagrario le ha creado»*. Acoge este acontecimiento como un signo de Dios. Muy pocas veces en la vida los acontecimientos se dejan interpretar en su sentido más profundo nada más suceder, pues la explicación de una vida es su propia historia. Sin embargo, don Manuel, ya desde el principio, le da un sentido a lo que vive ante el Sagrario de Palomares del Río como él mismo nos lo cuenta:

«Yo no sé que nuestra religión tenga un estímulo más poderoso de gratitud, un principio más eficaz de amor, un móvil más fuerte de acción, que un rato de oración ante un Sagrario abandonado.

Una *fe que medite* y, sobre todo, un *corazón que ahonde* (...) no tiene más remedio que ver, en ese modo de abandonar de los hombres, y en esa manera de corresponder de Jesucristo, el Evangelio vivo, pero con una vida tan brillante, tan fecunda, tan en ebullición de amor de cielo, que no hay más remedio que entregarse sin reserva, diciendo con san Pedro: *Aunque todos te abandonen, yo no te abandonaré*.

Para el interés de mi historia, baste saber que la impresión de aquel tristísimo Sagrario, de tal modo hicieron mella en mi alma, que no solamente no se ha borrado ni se me borrará en la vida, sino que vino a ser para mí como *punto de partida para ver, entender y sentir todo mi ministerio sacerdotal* de otra manera, no sé si llamarla menos poética o más seria»<sup>24</sup>.

22. *Ib.*, nn. 13-15.

23. *Ib.*, n. 15.

24. *Ib.*, n. 17.

Don Manuel encontró allí su *cenáculo*. En el cenáculo de Jerusalén, en una noche cargada de íntima emoción, donde se fragua la gran batalla entre el amor que se da sin medida y el misterio que se cierra en su hostilidad, podemos contemplar el esplendor de la Redención en el don inconmensurable de la Eucaristía, don que no fue acogido por todos. En el Sagrario de Palomares del Río, don Manuel contempló el acontecimiento central de la salvación *abandonado*. Consciente de la gracia de la Redención que de allí brotaba escribe:

«El abandono es mal de los que saben que Jesús tiene ojos y no se dejan ver por ellos. Y oídos y no le hablan. Y manos y no se acercan a recoger sus regalos. Y corazón que les ama ardentemente, y no lo quieren ni le dan gusto. Y doctrina de toda verdad y la desdennan o la interpretan a su capricho. Y ejemplos de vida y no los copian. ¡Es mal de próximos y amigos!»<sup>25</sup>.

### 2.4. *Manifestación de una misión*

Si todo ser humano tiene su propia vocación desde el momento de su nacimiento, existen en la Iglesia y en el mundo diversas vocaciones que, mientras en el plano teológico manifiestan la imagen divina impresa en el hombre, a nivel pastoral-eclesial responden a las varias exigencias de la nueva evangelización, enriqueciendo a la misma Iglesia y al mundo.

Toda vocación nace en un lugar preciso, en un contexto concreto y limitado, pero no se cierra sobre sí misma, ni tiende hacia la perfección individual o la autorrealización, sino que florece en la Iglesia y camina en el mundo hacia una historia de salvación. La acción de Dios en don Manuel no se limitó a la inspiración que podríamos llamar *primigenia*, sino que continuó en el tiempo, respondiendo al designio de Dios sobre él. La escucha profunda del Espíritu le hace ser portador de un carisma particular para bien de la comunidad eclesial (cf. 1 Cor 12,7).

Con la fuerza del Espíritu Santo, los Apóstoles anuncian al Resucitado, y todos los creyentes, en la diversidad de sus lenguas y culturas, profesan la única fe en el Señor. También don Manuel con la fuerza del Espíritu comunica el fuego que lleva dentro. No puede existir ningún carisma sin una visibilización del mismo.

El 4 de marzo de 1910, siendo arcipreste de Huelva y párroco de San Pedro, ante un grupo de fieles colaboradoras en su actividad apostólica, derramó el gran anhelo de su corazón. Así nos lo narra:

«Permitidme que, yo que invoco muchas veces la solicitud de vuestra caridad en favor de los niños pobres y de todos los pobres abandonados, invoque hoy vuestra atención y vuestra cooperación en favor del *más abandonado de todos los pobres: el Santísimo Sacramento*. (...) Os pido una limosna de cariño para Jesucristo Sacramentado»<sup>26</sup>.

25. *Ib.*, n. 150.

26. *Ib.*, nn. 56 y 58.

Así nació la Obra de las Marías de los Sagrarios, hoy conocida como Unión Eucarística Reparadora. El 4 de marzo de este año se han celebrado los 100 años de su fundación. Durante este siglo de historia, la *Familia Eucarística Reparadora* se extendió rápidamente y don Manuel abrió camino, sucesivamente, a las distintas ramas que la conforman:

Laicos: Marías del Sagrario y Discípulos de San Juan (1910)

Sacerdotes: Misioneros Eucarísticos Diocesanos (1918, que no llegaron a consolidarse por la situación política española de aquel tiempo)

Congregación Religiosa: Misioneras Eucarísticas de Nazaret (1921)

Laicas consagradas: Institución de Misioneras Eucarísticas Seglares (1933)

Niños: Reparación Infantil Eucarística (1934)

Jóvenes: Juventud Eucarística Reparadora (1940).

Don Manuel comunica el fuego que lleva dentro y es consciente de que la Obra por él fundada no le pertenece, no es fruto de su propio trabajo, sino obra exclusiva de Dios al servicio de la Iglesia: «La Obra nació en la fidelidad de Galilea, se bautizó en las lágrimas de la calle de la Amargura, se confirmó en la sangre del Calvario y se perpetuó en el amor de la Eucaristía... Ya ven si es antigua nuestra Obra; por esta razón no admito que me digan que yo he sido quien la ha fundado, sino quien por misericordia de Dios la he echado de menos»<sup>27</sup>.

## 2.5. *Novedad de propuesta reparadora: Cuatro formas de compañía*

En el carisma recibido por don Manuel y la Familia Eucarística Reparadora hallamos un estilo propio de vivir el misterio eucarístico desde la *espiritualidad reparadora*<sup>28</sup>. A pesar del contexto histórico, don Manuel propone una espiritualidad reparadora peculiar, con un horizonte amplio y exigencias que implican toda la vida, y que él define con la palabra *compañía*. Su forma específica de *reparar* se concreta en *dar y buscar compañía a Jesús Eucaristía*. Él está convencido de que el *abandono de la Eucaristía* es la manifestación de la indiferencia y el alejamiento ante el don de Dios, que influye negativamente en la vida.

«Tengo la persuasión firmísima de que prácticamente el mayor mal de todos los males y causa de todo mal, no sólo en el orden religioso, sino en el moral, social y familiar, es el abandono del Sagrario. Si no hay otro Nombre en el que pueda haber salvación fuera del Nombre de Jesús. Si la sagrada Eucaristía, adorada, visitada,

27. *Ib.*, n. 71.

28. En la segunda mitad del siglo XIX la devoción y culto al Corazón de Jesús y a la Eucaristía forman parte esencial de la religiosidad de una generación que quiere revitalizar su fe. En la época de don Manuel el acento se puso en una actitud de compasión por los sufrimientos de Cristo, orientada a consolarlo por las ofensas que más herían su Corazón. La excesiva insistencia en este aspecto ha sido negativa para la espiritualidad reparadora. En la actualidad se intenta volver a una visión más equilibrada de la reparación, insertándola en el contexto más amplio del Misterio Pascual, que une la muerte y la resurrección, la cruz y la gloria.

comulgada y sacrificada es la aplicación de esa salud y, por tanto, la fuente más abundante de gloria para Dios, de reparación por los pecados de los hombres y de bienes para el mundo, el *abandono de la sagrada Eucaristía*, al cegar la corriente de esa fuente, priva a Dios de la mayor gloria que de los hombres puede recibir y a éstos de los mayores y mejores bienes que de Dios pueden esperar»<sup>29</sup>.

Con su espiritualidad, don Manuel ha enriquecido la visión pastoral de la *reparación*, así como el modo de llevarla a cabo. Es una espiritualidad que se expresa en unas formas concretas: *compañía de presencia, compañía de imitación, compañía de compasión y compañía de confianza*. Dejemos que sea él mismo quien nos lo explique:

*Presencia*: «Mi pregunta es ésta: ¿son muchos los vecinos y vecinas de un Sagrario que van a su parroquia, a su iglesia, a visitar a su vecino Jesús, a echar un rato con Él?... Otra pregunta más: doy por ciertas e insuperables todas las dificultades que disminuyen mi presencia corporal ante el Sagrario, pero ¿con mi presencia espiritual quién puede meterse? Trabajar, andar, descansar, reír, llorar de cara al Sagrario, mirando a él, como si se estuviera ante él... ¿puede haber muchas dificultades exteriores para eso? ¿No viven en esa presencia mutua, espiritual, los que de verdad se quieren y a pesar de dificultades de tiempo, de distancia y de trabajos?»<sup>30</sup>.

*Imitación*: «Estar en nuestro propio deber: mandamientos de Dios y de la Iglesia, propio estado y voluntad de Dios en cada hora y minuto. Darnos a nuestros prójimos, buenos o malos, agradecidos o ingratos. Y morir a nosotros mismos, y como corderos sacrificados ofrecernos a la mayor gloria de Dios y santificación propia y ajena, porque así lo hace Jesús Sacramentado, en silencio e invisiblemente como Él lo hace. Ésa es ciertamente la más perfecta imitación y la más fecunda para Dios, para los hombres, para los pueblos y para nosotros mismos»<sup>31</sup>.

*Compasión*: «Si Jesús está en el Sagrario para prolongar, extender y perpetuar su Encarnación y su Redención, lo menos que yo debo hacer es presentarle mi alma entera con sus potencias, y mi cuerpo entero con sus sentidos, para que se llenen y empapen de sentimientos, ideas y afectos de Jesús Redentor encarnado y sacramentado... Dos corazones con el mismo ritmo son un solo corazón. Ésa es la obra de la compasión perfecta»<sup>32</sup>.

*Confianza*: «La compañía de confianza es la misma unión con el Corazón de Jesús que produce la compañía de compasión llevada hasta el total olvido de sí propio y el abandono total a su Corazón. Es decir, vivir el alma tan unida y compenetrada con el Corazón de Jesús Sacramentado que no se ocupe ni preocupe de sus propios cuidados y gustos, sino de esto solo: de que Él esté contento»<sup>33</sup>.

29. *Aunque todos... yo no*: OO.CC. I, n. 80. Hay que tener en cuenta que en sus escritos, sobre todo en los primeros años, es muy frecuente el término *Sagrario* para indicar la presencia de Cristo en la Eucaristía en todas sus manifestaciones: Misa, Comunión y Presencia real.

30. *El abandono de los Sagrarios acompañados*: OO.CC. I, nn. 212 y 215.

31. *Ib.*, n. 223.

32. *Ib.*, nn. 219-220.

33. *Ib.*, n. 226.

Las *compañías* son el proceso concreto que don Manuel propone como ideal para llegar a la identificación con Cristo en su vida eucarística.

## 2.6. *Eucaristizar: Evangelizar desde el gran misterio de fe y amor*

Don Manuel, como hemos visto anteriormente, penetró en el misterio del *abandono de la Eucaristía*, así como en sus consecuencias, y consagró toda su vida a luchar contra ese mal a través de *una acción esencialmente eucarística*: «La Eucaristía, Misa, Comunión y Presencia real, es todo el cristianismo, es el principio, fin y razón de sus dogmas, de sus sacrificios y de sus virtudes, de sus bellezas y de sus milagros»<sup>34</sup>.

Por ello, fue una persona contemplativa y activa, profundamente entusiasta con su ideal, y esto le hace ser audaz, creativo; no puede guardar para sí aquello que remueve lo más profundo de su ser<sup>35</sup>. Supo plasmar su experiencia y la misión que de ella brotaba en un nuevo vocablo: *eucaristizar*. Consiste en una acción concreta que él mismo se encarga de explicar con precisión: «Eucaristizar: acercar a todos a la Eucaristía y meterlos dentro del Corazón de Jesús que allí palpita por ellos, para que vivan la vida que de Él brota»<sup>36</sup>.

La Eucaristía, como hemos dicho, suscita la exigencia de evangelización con todas sus consecuencias: anuncio gozoso de la resurrección del Señor y de su salvación. Don Manuel a este respecto nos habla de *eucaristización*: «Se nos piden obras, obras de reparación eucarística, de atracción al Sagrario, de eucaristización del mundo»<sup>37</sup>.

En la Iglesia, comunidad enriquecida con diversos dones para la única misión, se realiza el paso del creyente injertado en Cristo por el bautismo a su vocación *particular* como respuesta al carisma específico del Espíritu. Por tanto, cada vocación es *personal* y se concreta en un proyecto de vida.

Y en su particularidad, cada vocación es *necesaria* y *relativa* al mismo tiempo. *Necesaria*, porque Cristo vive y se hace visible en su Cuerpo que es la Iglesia, y en el discípulo que es parte esencial de ella. *Relativa*, porque ninguna vocación agota el signo testimonial del misterio de Cristo, sino que manifiesta solamente un aspecto del mismo. En el cuerpo cada miembro necesita del otro para hacer crecer todo el organismo y servir para común utilidad (cf. 1 Cor 12,7).

Don Manuel deja a la Familia Eucarística Reparadora y a quienes participen de su carisma un plan de vida personal y particular dentro de la Iglesia: *Eucaristizar*.

34. *En busca del Escondido*: OO.CC. II, n. 2.686.

35. «El encuentro con Cristo, profundizado en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano la exigencia de evangelizar y dar testimonio» (JUAN PABLO II, carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, 7 de octubre de 2004, n. 24).

36. GONZÁLEZ GARCÍA, M., *Primer Directorio de las Misioneras Eucarísticas de Nazaret*, n. 3.

37. *Aunque todos... yo no*: OO.CC. I, n. 115.

«Estoy convencido y persuadido de que en la *eucaristización* de la escuela, del púlpito, de los centros de acción, de los procedimientos apostólicos, de todo el trabajo y de las orientaciones todas de la vida cristiana está el *summum* de su seguridad, eficacia y prosperidad, y esta persuasión de tal modo me empuja, preocupa y absorbe, que hoy por hoy, y Dios sea bendito por ello, cuanto pienso, digo, escribo y aliento a esto sólo va: a que de papeles, obras, niños, hombres, mujeres, y de todo cuanto me rodee o afecte, brote perennemente en un tono o en otro y cada cual en su lenguaje, el *Tantum ergo Sacramentum* de la fe, del reconocimiento y del amor al Corazón de Jesús Sacramentado»<sup>38</sup>.

En el contexto inmediato del *Año Sacerdotal* queremos poner de manifiesto cómo don Manuel verificó en la experiencia de la vida la eficacia de la Eucaristía. Él se sintió comprometido por Cristo a trabajar para que se redescubriese la obra más importante de transformación del mundo, que se realiza con la potencia de la Eucaristía:

«El apostolado más eficaz... y el que hoy quieren el Corazón de Jesús y la Madre Iglesia que se emplee, no por exclusión, pero sí con preferencia a todas las demás artes apostólicas, es *el apostolado por medio de la Eucaristía* (...) Orientar todo nuestro ministerio a obtener o tratar de obtener que: el Evangelio vivo sea conocido, el Pan vivo sea comido, el Maná escondido sea gustado, el Dios del Sagrario sea reverenciado, la Providencia que en él vive sea tenida en cuenta y el Modelo vivo que en él se exhibe sea imitado»<sup>39</sup>.

«Llevar con prisa al pueblo el *Evangelio de la Eucaristía* (...) Ésta es *la mejor obra de caridad* individual y social que podemos hacer por el pueblo: mostrarle a Jesús, hacérselo ver, ¿cómo? *Predicándole el Evangelio vivo de la Eucaristía*, y predicándose con tal desnudez de pretensiones oratorias, con tal viveza de fe, con tal persuasión de palabra y conformidad de vida a la palabra, que al eco de nuestra predicación llegue el pueblo casi a oír y sentir al Jesús de la Hostia consagrada»<sup>40</sup>.

Y junto a la Presencia eucarística no faltó jamás, en la vida de don Manuel, el amor entrañable y filial a María Inmaculada. La suya fue una vida bajo el signo de María. ¿Quién pudo hacerle gustar la grandeza del Misterio eucarístico mejor que Ella? Nadie como María pudo enseñarle a vivir este misterio:

«Sí, Madre mía, entera también a mis potencias y sentidos de cómo era y hacía en su vida mortal y en su vida de Eucaristía; que todo en mí lo conozca y de todas las maneras que pueda ser conocido por una pobre y limitada criatura; que conociéndolo así, no tendré más remedio que quererlo y seguirlo de todas las maneras que pueda hacerlo mi loco corazón.

Madre mía Inmaculada, enséñame a Jesús Sacramentado de todas las maneras en que pueda ser por mí conocido, agradecido e imitado»<sup>41</sup>.

38. *En busca del Escondido*: OO.CC. II, n. 2.812.

39. *Artes para ser apóstol*: OO.CC. III, nn. 4.790 y 4.812.

40. *Ib.*, n. 4.815.

41. *Mi Comunión de María*: OO.CC. I, n. 1.207.

## 2.7. Vocación: signo, ministerio, misión

La respuesta a la llamada del Señor en la vida de don Manuel se traduce en una obra nueva y en un determinado tipo de servicio y de presencia. Su vocación fue *signo*, desde un modo particular de revelar el rostro del Señor Jesús y, sobre todo, con una comunión profunda con él: en la escucha, en el diálogo, en la oración, en la interiorización de los sentimientos:

«¡Conocer y dar a conocer a Jesús! ¡Conocerlo y darlo a conocer todo lo más que se pueda! He aquí la suprema aspiración de mi fe de cristiano y de mi celo de sacerdote, y la que quisiera que fuera la única aspiración de mi vida. Y no digo conocer y amar, y darlo a conocer y amar, porque, con que se conozca, basta. El que conoce con toda evidencia una verdad no puede negarla, no es libre para no admitirla. El que conoce ciertamente un bien, tampoco es libre para odiarlo o quererlo. El bien conocido y reconocido como tal bien, es necesariamente querido»<sup>42</sup>.

Vivió su *ministerio sacerdotal* en la Iglesia desde la pura gratuidad del don; aceptó la invitación de Jesús a hacer memoria de Él en el sacramento y en la vida, a vivir recordando en la verdad y la libertad de las opciones diarias el memorial de la cruz, a llenar la existencia de gratitud y gratuidad, a partir el propio cuerpo y derramar la propia sangre como lo hizo Jesús.

«¡El sacerdote-hostia! Como Él, ofrece su sacrificio como sacerdote y se ofrece en sacrificio como hostia. Sabe padecer injusticias sin quejarse. Sabe llenar de trabajo todas las horas de sus días sin llegar a decir: no puedo más, sino momentos antes de expirar.

Sabe sembrar mucho, sin entristecerse porque la cosecha sea corta o nula. Sabe que él solo no es ni vale nada, pero unido con su augusto Compañero de Sacerdocios y de Sacrificio es omnipotente»<sup>43</sup>.

Y finalmente se hizo *misión* para el mundo; su vida fue para los otros, como la de Jesús y, por tanto, generadora de vida: la vida engendra vida y genera testimonio. En una palabra: alimentó la fidelidad a su vocación en las fuentes de la Eucaristía y esta fidelidad se expresó en la existencia de cada día.

«Para mis pasos yo no quiero más que *un camino, el que lleva al Sagrario*, y yo sé que andando por ese camino encontraré hambrientos de muchas clases y los hartaré de todo pan; descubriré niños pobres y pobres niños, y me sobraré el dinero y los auxilios para llevarles escuelas y refugios para remediarles su pobreza; tropezaré con tristes sin consuelo, con ciegos, con tullidos y hasta con muertos del alma o del cuerpo, y haré descender sobre ellos la alegría de la vida y de la salud»<sup>44</sup>.

42. *Así ama Él*: OO.CC. I, n. 234.

43. *Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario*: OO.CC. I, nn.607-608.

44. *Aunque todos... yo no*: OO.CC. I, n. 121.

### 3. SU HERENCIA ESPIRITUAL: «LA FUERZA DEL AMOR EUCARÍSTICO»

Este punto sencillamente intenta poner de manifiesto hasta dónde llega «la fuerza del amor eucarístico» en la vida de quien lo acoge. Es el testimonio que consideramos la *gran herencia* de don Manuel, y que él expresó así en sus primeros años de sacerdote, como ya indicamos anteriormente:

«Yo no sé que nuestra religión tenga un estímulo más poderoso de *gratitud*, un principio más eficaz de *amor*, un móvil más fuerte de *acción*, que un rato de oración ante un Sagrario abandonado. Una *fe que medite* y sobre todo, un *corazón que ahonde* un poco debajo de la corteza de las cosas, descubrirá en ese Jesús abandonado... que pasa los días *solo* durante años y años, y a pesar de todo eso *no se va de aquel Sagrario*... Ese corazón, repito, no tiene más remedio que ver en ese modo de abandonar de los hombres y en esa manera de corresponder de Jesucristo, el *Evangelio vivo*, pero con una vida tan brillante, tan fecunda, tan activa, tan en *ebullición de amor de cielo*, que no hay más remedio que entregarse a discreción y sin reserva»<sup>45</sup>.

La vida de don Manuel se mantuvo fiel a un único hilo conductor: su vocación sacerdotal y el carisma específico que recibió, pero fue cambiando de escenario a lo largo del camino. A continuación veremos algunos aspectos de su etapa sacerdotal en Huelva (1905-1916) y de su etapa episcopal en Málaga (1916-1935) y Palencia (1935-1940). Como ya anunciamos al inicio, dejaremos que tome la palabra, conscientes de que para el lector será más fructífero mantener la conversación directamente con él.

#### 3.1. «Nos apremia el amor de Cristo» (2 Cor 5,14)

A lo largo de estos veinte siglos de historia de la Iglesia, estas palabras de San Pablo han brotado de los labios, pero sobre todo del corazón de todos aquellos que se han dejado «alcanzar por el amor de Cristo». Benedicto XVI, el día de inicio de su pontificado, confesaba: «Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados por Cristo. Nada hay más bello que conocerlo y comunicar a los otros la amistad con él»<sup>46</sup>. Y añadió posteriormente: «Esta afirmación asume una mayor intensidad si pensamos en el Misterio eucarístico. En efecto, no podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento... No podemos acercarnos a la Mesa eucarística sin dejarnos llevar por ese movimiento de la misión que, partiendo del corazón mismo de Dios, tiende a llegar a todos los hombres»<sup>47</sup>.

45. *Ib.*, n. 17.

46. *Homilía en la Misa de inicio del Ministerio Petrino*, 24 de abril de 2005.

47. BENEDICTO XVI, exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, 22 de febrero de 2007, n. 84.

Don Manuel, siendo párroco y arcipreste de Huelva, destacó por la relevante acción social que allí llevó a cabo con diversas iniciativas. Sin dejar de recordar las numerosas fundaciones que emprendió, nos detendremos sobre todo en los principios-guía que las sostenían, y que encontramos desarrollados en su primer libro: *Lo que puede un cura hoy*<sup>48</sup> y en la famosa conferencia impartida durante la III Semana social de Sevilla, bajo el título: *La acción social del párroco*<sup>49</sup>.

Recién estrenados los 28 años, con su ministerio pastoral aún incipiente, llega a Huelva rebosante de ilusión, a pesar de la difícil situación que le esperaba, de la que había oído hablar y que también su Prelado, el cardenal Marcelo Spínola, le expuso cuando le propone este destino. Así fue aquel entrañable encuentro entre estos dos sacerdotes:

«Llamado una mañana por mi santo Arzobispo, Pastor a lo Buen Pastor, y a fuer de tal, de una delicadeza suma en todos sus proceder, me dice sonriente:

—¿Quiere ir usted a Huelva?

—Yo voy volando a donde me mande mi Prelado.

—No; yo no le mando ir a Huelva; está aquello tan mal, y lo que es peor, tan dividido... Estoy tan harto de probar procedimientos para mejorarlo sin obtenerlo, que me he acordado de usted como última tentativa; al fin y al cabo usted es joven y si se estrella, como lo temo, el mismo que lo lleva lo puede traer. Pero, repito, esto no es un mandato, sino un deseo.

—Señor, los deseos de mi Prelado son para mí órdenes. ¿Cuándo quiere que me vaya?

—No, no; ahora se va usted a su casa y, durante tres días madure este deseo mío delante de su Sagrario y vuelva después con su decisión...

Me despedí, y ¡qué tres días pasé! ¡sin apenas dormir ni comer y con esfuerzos sobrehumanos para conservar la buena cara y el buen humor! ¡Había oído hablar tan mal de la situación religiosa de Huelva...! Llegado el tercer día me presenté de nuevo al Sr. Arzobispo.

—Señor, aquí me tiene para repetirle lo que le dije el otro día.

—Pero ¿así, tan decidido?

—Sí, señor; completamente decidido. Ahora que, como a mi Prelado le debo hablar como al Jesús de mi Sagrario, debo decirle que me voy a Huelva tan decidido en mi voluntad como contrariado en mi gusto.

—¿Cómo? ¿Es que no va a gusto?

—Voy obedeciendo los deseos de V.E. con toda mi voluntad; pero contra todo mi gusto.

—Me lo explico y no me extraña; espero que ese desprecio de su gusto, para abrazarse a la voluntad divina a través del Prelado, le ayudará mucho en su misión de Huelva»<sup>50</sup>.

48. Escrito durante la Cuaresma de 1910.

49. Pronunciada en 1908. El tema de la III Semana social fue: *Cuestiones agrarias, obreras y asuntos diversos*.

50. CAMPOS GILES, J., o.c., 56-57. Tomado del *Anecdotario pastoral*, publicado en: *El Granito de Arena*, 1942, pp. 50 y 142.

Después de leer esta conversación, tal vez lo mejor sería decir: ¡Sin comentarios! Y aún mejor, releerla despacio. Es un texto que «define» maravillosamente a los dos protagonistas: cada uno desde su misión, ¡y con los pies en tierra!, transparente el sello del Buen Pastor.

### 3.1.1. *La mejor de todas las obras sociales: un buen cura*

Toma posesión de la misión encomendada en Huelva. Empieza por conocer a su nueva grey. Contempla sus rostros. Constata sus necesidades. Y la realidad que palpa sumerge su alma en una «inmensa desolación», confesará. Pero... no cede ante esa situación. Ante el Sagrario suplica: «Corazón de Jesús, ¿por dónde empiezo?, ¿por dónde?». ¡Cuántas veces repitió esta pregunta angustiado!

No faltaron tentaciones enmascaradas que bien podían justificar la salida fácil. La batalla entre el «vete» y «quédate» se resolvió, «después de muchos ratos de Sagrario», declinando lo que naturalmente más le halagaba y prefiriendo desde la visión sobrenatural. También sometió esta decisión al parecer de su Prelado, que la confirmó. Y la experiencia le haría exclamar: «¡Bendita eficacia la de la obediencia sacerdotal!».

El pasado mes de enero, en el encuentro que Benedicto XVI tuvo con el Cuerpo Diplomático, les decía: «La Iglesia está abierta a todos porque, en Dios, ella existe *para los demás*. Ella, por tanto, *comparte intensamente la suerte de la humanidad*»<sup>51</sup>. Esta convicción era evidente en don Manuel cuando en Huelva, en once años, además de la intensa vida pastoral emprendida dentro de su parroquia, puso en marcha toda una cascada de obras sociales católicas: escuelas gratuitas para niños pobres, patronato de aprendices, granja agrícola, escuela de adultas, caja de ahorros, agencia de colocaciones, biblioteca ambulante, centro obrero, banda de música.

Casi brota espontáneamente: ¡exceso de activismo! Y cabría este juicio si sólo se mira lo realizado exteriormente. Pero entremos en el «alma» de estas obras. Don Manuel parte de una constatación que puede sorprendernos. En el primer capítulo de su libro *Lo que puede un cura hoy*, cuando explica a quién va dirigido, afirma:

«Tengo la convicción de que la *mejor de todas las obras sociales* es un *buen cura*. De donde deduzco que trabajar porque los buenos curas no se desanimen es una interesantísima obra de Acción social católica. (...) Al clero hoy se le exige mucha ciencia, no sólo sagrada sino profana, muchos sacrificios y mucha actividad... El cura, repito, que ve todo esto, verdaderamente necesita todo *el heroísmo de un mártir* para amanecer cada día con la cara sonriente, el corazón esperanzado y el espíritu suficientemente tranquilo para seguir abriendo surco, sin desmayar y sin caer»<sup>52</sup>.

51. *Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede*, 11 de enero de 2010.

52. OO.CC. II, n. 1613.

«La mejor de todas las obras sociales es un buen cura». ¿Exagera? El gracejo andaluz no le falta a don Manuel, pero ello no le impide ser objetivo en su análisis de la realidad. Hace cien años, cuando se escribieron esas páginas en 1910, al sacerdote se le pedía «el heroísmo de un mártir». ¿Y hoy? Así se expresaba Juan Pablo II al finalizar el siglo XX: «Nuestro mundo, sus engaños y sus falsos dioses exigen un *nuevo martirio*: el de la coherencia, y no hay coherencia sin una asimilación cada vez más profunda del evangelio de Jesucristo»<sup>53</sup>.

Pero el sacerdote, para afrontar todo lo que de él se espera, más aún, para realizar la misión encomendada por Quien le eligió como mediador entre Dios y los hombres, ¡*no está solo!* «Es una idea que ensancha el alma y da valor... En esa soledad aparente tiene buenísimos y poderosos amigos que le acompañen: el Corazón de Jesús... María Inmaculada... y la Iglesia»<sup>54</sup>.

### 3.1.2. *La primera obra social católica: la enseñanza del catecismo*

Después de presentar cuál es «la mejor de todas las obras sociales», don Manuel nos sorprende de nuevo al exponer cuál es la primera obra social católica que todo sacerdote ha de cuidar en su parroquia:

«La primera en necesidad e importancia de todas las *obras sociales católicas* es la enseñanza del *catecismo*, y no una enseñanza cualquiera, sino la que aspira a ocupar la memoria, el entendimiento y la voluntad. Habrá obras sociales muy útiles y muy necesarias y muy cristianas. Pero si no parten del catecismo como *base*, o tienden a él como a fin, si no traen el catecismo delante o detrás, en mis cortas luces te digo que nos exponemos a hacer aquello que decía san Pablo: *a hablar al aire*, o traducido libremente, a tocar el violón, ocupación que no es muy lucida que digamos»<sup>55</sup>.

Esta afirmación, él mismo previene que puede ser calificada de *piadosamente exagerada*. Pero no se acobarda por esa posible interpretación. Está convencido de que el hombre cabal que la sociedad necesita ha de formar toda su persona sobre la base de contenidos firmes. Y, por eso, dice:

«El fin y el ideal de la pedagogía católica no es otro que hacer hombres cabales a fuerza de asemejarlos al prototipo de toda perfección, Jesús»<sup>56</sup>.

«Dios se hizo hombre no sólo para hacer al hombre Dios por su gracia, sino para enseñar al hombre a ser hombre... ¡el hombre cabal!»<sup>57</sup>.

«Sociedad, nación, pueblo, familia, individuo que no se asiente sobre los sillares de la *caridad* y de la *humildad*... estarán condenados a desorden perpetuo, ines-

53. *Discurso a los Obispos de la Iglesia armenia católica*, 13 de diciembre de 1999, n. 3.

54. Cf. *Lo que puede un cura hoy*: OO.CC. II, nn. 1.633 y ss.

55. *Ib.*, nn. 1.687-1.688.

56. *Todos catequistas*: OO.CC. III, n. 4.723.

57. *Partículas del Evangelio*: OO.CC. I, n. 1.569.

tabilidad perenne y constante amenaza de ruina, y a no llegar jamás a hacer paces duraderas ni con la justicia, ni con la libertad, ni con el respeto al derecho. No hay más maestro que Jesucristo. (...) El magisterio de su palabra se lo ha confiado a su Iglesia visible, el del ejemplo se lo ha reservado para ejercerlo en su cátedra silenciosa del Sagrario. Y ¡qué pedagogía la de este Maestro! Para enseñar *con obras de caridad*, inventa la traza de darse en cada Hostia consagrada a cada hombre que le busque, y para enseñar *con obras de humildad*, se da en silencio lo mismo al agradecido como al ingrato, al que le alaba como al que le maldice, al que viene como al que abandona... Ése, ése es el gran Maestro, esa la gran lección, ese el gran modelo que los hombres y los pueblos necesitan copiar para que vuelvan a ser justos y rectos. (...) *Jesús Modelo de caridad y humildad* no es imitado. ¡Los hombres se obstinan en hacer lo contrario: Él ama a los demás hasta el anonadamiento de sí mismo! El hombre se ama a sí mismo hasta el aniquilamiento de los demás»<sup>58</sup>.

Ahora podemos preguntar: ¿exageraba don Manuel? Su propuesta ¿ha pasado a la historia? No. Es más, la historia posterior confirma su línea de acción. Más de cincuenta años después, el Vaticano II, actual punto de referencia para la Iglesia, dirá: «El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo, nuestro Señor, *manifiesta plenamente al propio hombre* y le descubre la sublimidad de su vocación»<sup>59</sup>.

Y posteriormente Juan Pablo II, en su primera encíclica, corrobora esta convicción: «Cristo, Redentor del mundo, es Aquel que ha penetrado, de modo único e irrepetible, en el misterio del hombre y ha entrado en su “corazón”. (...) El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo –no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes– debe, con su inquietud, incertidumbre, e incluso con su debilidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe “apropiarse” y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo. (...) El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús»<sup>60</sup>.

### 3.1.3. *Gran agente de la Acción social católica: el celo*

Don Manuel, después de estos sólidos cimientos, pasa a lo que de modo habitual se designa como «*Acción social del cura*»; sin dejar de matizar que, «bien mirada, toda la acción del párroco, dentro y fuera de su iglesia, sea en favor de

58. *Artes para ser apóstol*: OO.CC. III, nn. 4.827-4.829.

59. Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 22.

60. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor hominis*, 4 de marzo de 1979, nn. 8 y 10.

un individuo o de muchos, sea puramente espiritual o mixta, es siempre acción social, puesto que tiende siempre directa o indirectamente a mejorar la sociedad, mejorando sus individuos y los elementos que constituyen la vida de la misma sociedad»<sup>61</sup>. Con esta introducción, se lanza, sencilla y llanamente, a definir lo que desde su experiencia considera el objetivo de la Acción social del cura, así como quién es el gran agente de la misma:

«Hago consistir el *fin de la Acción social del párroco* en la *cristianización de la sociedad*, porque yo creo que en la cristianización entran todas esas reivindicaciones de justicia que a cierta parte de la sociedad se deben, y todo ese desenvolvimiento del espíritu de la caridad que indudablemente se necesita para rellenar las lagunas abiertas en la sociedad por el egoísmo y la injusticia de los unos y los vicios y los pecados de todos. (...)

El *gran agente de esa acción* o, si se quiere, la receta mágica, que inventa, sugiere, ameniza, lleva a cabo todos esos medios que sirven para meter el espíritu cristiano en el corazón de las muchedumbres... esa receta se expresa con una sola palabra: *el celo*.

El *celo* inventa y estimula y produce el desprendimiento, que atrae y ablanda los corazones, y el buen trato, que los acerca al del cura. Con ese *celo* que inquieta... es con el que aprende éste a *hacerse todo para todos* y es el que da esa *adaptabilidad* a oficios, condiciones, caracteres y circunstancias, tan necesaria para el que ejerce de padre de tantas clases de hijos... Ese *celo* es el que pone en la cara del cura esa inalterable sonrisa con que acoge a todos y todo, lo agradable y lo desagradable, y en su boca aquella palabra siempre tranquila y afectuosa... Sí, el *celo* hace verdaderos milagros de iniciativas, de improvisación, de dominio de sí mismo, de generosidad sin condiciones y sin límites. En donde quiera que el *celo* anide en el corazón del sacerdote, allí florecerá una Acción social parroquial exuberante y rica»<sup>62</sup>.

Ciertamente, el *celo apostólico* manifiesta que el corazón ha sido alcanzado por Cristo; refleja la fe que actúa por el amor (cf. *Ga* 5,6); es la realización concreta de la exclamación paulina: «Nos apremia el amor de Cristo» (*2 Cor* 5,14). Así corrobora estas palabras el Papa Benedicto XVI en su primera encíclica: «La conciencia de que, en Él, Dios mismo se ha entregado por nosotros hasta la muerte, tiene que llevarnos a vivir no ya para nosotros mismos, sino para Él y, con Él, para los demás. (...) Hacer todo lo que está en nuestras manos con las capacidades que tenemos, es la tarea que mantiene siempre activo al siervo bueno de Jesucristo»<sup>63</sup>. Y no podemos olvidar que, en esta entrega en favor de los demás, el primer beneficiado es siempre quien pone su vida al servicio del prójimo: «¡La fe se fortalece dándola!»<sup>64</sup>.

61. *Lo que puede un cura hoy*: OO.CC. II, n. 1.747.

62. *Ib.*, nn. 1.771-1.772.

63. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, 25 de diciembre de 2005, nn. 33 y 35.

64. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 7 de diciembre de 1990, n. 2.

### 3.1.4. *III Semana social española: «La Acción social del párroco»*

Un suceso inesperado, con sólo siete años de ministerio sacerdotal, fue la invitación que recibió don Manuel para intervenir en la *III Semana social española, celebrada en Sevilla*. Era 1908 y esta importante iniciativa de la Iglesia en España, estando aún en los inicios, ya había tomado un notable auge<sup>65</sup>. Con su sencillez característica, desde la propia experiencia, afronta el tema. Sin rodeos, dirá:

«¿Qué es *Acción social católica*? Dejando ahora su significado amplio... yo la limito aquí a su acepción corriente, esto es, a la influencia de la Iglesia sobre la parte más numerosa de la sociedad, sobre el pueblo. En esta acepción puede definirse la *Acción social católica* como el conjunto de obras que los católicos han de realizar para ir al pueblo y traerlo a Cristo. Es un *viaje de ida y vuelta*, que empieza, el de ida, en Cristo y termina en el pueblo, y empieza en el pueblo, el de vuelta, y termina en Cristo»<sup>66</sup>.

Tras esta definición, para orientarse bien, primero analiza dónde está el pueblo, y constata dolorosamente el gran daño que sufre el pueblo por falta de una buena educación. De ahí brota la necesidad imperiosa de emprender el «viaje de ida al pueblo». Ese viaje necesita provisiones. No ignora las que, con buen criterio social, se proponen: dinero, ciencia sociológica, influencias, ingenio, etc. Don Manuel no desprecia todo eso, algo de ello es necesario, pero ni es todo ni lo principal. Él tiene claro que, «si la *Acción social católica* es una obra o serie de obras sobrenaturales por razón de su principio o de su fin; si no es sólo una *Acción* inspirada en la simpatía, en la comprensión, en el negocio, en una repugnancia puramente natural a la injusticia, entonces hay que mirar más alto, hay que buscar también medios de tejas arriba; en una palabra, hay que contar con Dios más de lo que se cuenta»<sup>67</sup>. Y desde esta convicción lanza su teoría, que empieza por reconocer que no es suya, sino tomada del Evangelio:

«Irse al Sagrario... Ahí, ahí es donde yo creo que ha de empezar ese cura para su *Acción social católica*: mirando mucho a Cristo, y llenándose de aquella mirada dulcemente triste que busca en quien descansar y no halla... poniendo su corazón muy cerca del Corazón de Cristo, muy cerca... estableciéndose así un flujo y reflujo de penas y amores... Ése es el primer paso, asociarse a Cristo, entrar en compañía con Él, enamorarse de Él, quererlo con toda el alma, y ¿queréis que os lo diga de una vez? ¡*Chiflarse* de amor por el Corazón de Jesucristo! (...)

Y ya va saliendo la teoría. ¿Está ya *chiflado* ese cura? Pues que se echen a temblar todos... porque aquello ya no es un cura, que es un *ciclón* que les viene en-

65. «La asistencia fue muy numerosa. Las mitras presentes en Sevilla fueron tantas que, con su chispa de imaginación andaluza, se decía que la Semana parecía un Concilio» (RM. SANZ DE DIEGO, s.j., *Las Semanas Sociales en España* [1906-2006]: <http://www.semanassociales.es/historia/origenes.htm>).

66. *Lo que puede un cura hoy*: OO.CC. II, n. 1.884.

67. *Ib.*, n. 1889.

cima. Y que se alegren los niños abandonados, los cesantes, los perseguidos, los pobres, los explotados, que aquello no es un cura, sino un *pedazo de cielo* que se les entra por las puertas.

¿Está *chiflado*? Pues ya vendrá gente, que un *chiflado* hace ciento. Vendrá dinero... Vendrán ingenios e iniciativas... que el amor tiene intuiciones. Vendrá la constancia, que no desmaya ni ante las ingratitudes de los hombres, ni ante las pruebas de Dios. Vendrá, en una palabra, el *tren* que se necesita para ir desde Cristo al pueblo...»<sup>68</sup>.

Hasta aquí el viaje de ida... y con abundantes frutos, en los que ahora no nos detenemos. Pero con esto don Manuel no queda conforme: «Yo no creo que haya entre los hombres de la Acción social católica quien se atreva a proponerse ir al pueblo *sólo* para mejorar su situación económica, intelectual y de tejas abajo». Desde ahí presenta las convicciones que impulsan toda su actividad:

«Es cierto que *la fe pone en el alma del cristiano una sensibilidad tan exquisita*, que toda injusticia y todo dolor producen allí su impresión y una como obligación imperiosa de procurar su remedio. Pero, si queremos de verdad el bien del pueblo y *todo el bien* del pueblo..., hemos de ir a él no sólo porque somos cristianos, sino para hacerlo cristiano, porque *únicamente* cristianizando todo lo que le rodea, es como pueden repararse aquellas injusticias... Hay que dar a cada cosa su lugar: no hagamos fin lo que sólo puede ser medio. (...)

El pueblo no sólo tiene hambre de pan, que la tiene de muchas cosas que valen más que el pan. Tiene hambre de verdad, de cariño, de bienestar, de justicia, de cielo y, quizá, sin que se dé cuenta, de Dios. Y si las lágrimas de sus ojos nos impulsan a movernos a su favor, ¿las lágrimas de su corazón, las desgarradoras de su alma, nos han de dejar en una *neutralidad* impasible? No, no. Hay que procurar, junto o después del pan del cuerpo, el pan del alma. Hay que *imitar al Maestro*, que después de hartar de pan al pueblo con un milagro, lo prepara para anunciarle el *otro pan* que da la vida eterna.

Si la Acción social católica, no persigue otra cosa que resolver problemas económicos, elevar clases, borrar desigualdades, etc., no procurando *lo otro* con el mismo afán, y dándole el lugar principal... sólo conseguirá efectos muy parciales y pasajeros por no haber tocado el mal en su raíz... Si somos hombres de acción porque somos cristianos es menester tomar a Cristo con todas sus consecuencias... en una palabra, es esencial a la Acción social católica tender siempre a Cristo.

¿Cómo?... Haciendo todo de tal modo que el pueblo pueda recorrer la escala con que san Pablo trazaba el gran plan de economía cristiana de todos los siglos: *Todas las cosas son vuestras*, hay que dar o devolver al pueblo lo suyo, lo que Dios le ha dado; *vosotros de Cristo*, para que, usando bien de esas cosas, vaya a Cristo; y *Cristo de Dios*, para que por Cristo y con Cristo dé a Dios la gloria y el honor, fin y felicidad suprema de todo hombre y de toda sociedad. He ahí el verdadero término del viaje»<sup>69</sup>.

68. *Ib.*, nn. 1890 y ss.

69. *Ib.*, n. 1.898 y ss.

«El pueblo no sólo tiene hambre de pan, que la tiene de muchas cosas que valen más que el pan». Tal vez es necesario que cada generación vuelva a oír esta verdad, que con gran facilidad se olvida. Un paralelo asombroso lo encontramos en este texto de nuestros días: «Ciertamente, el hombre necesita pan, necesita el alimento del cuerpo, pero en lo más profundo necesita sobre todo la Palabra, el Amor, a Dios mismo. Quien le da esto, le da vida en abundancia»<sup>70</sup>.

Y concluye don Manuel afrontando una posible duda: «La Acción social católica ¿es obra de caridad o de justicia?». Con humildad, responde: «Creo no estar equivocado diciendo que la Acción social católica tiene dos aspectos: uno de caridad y otro de justicia. Uno de reivindicación y otro de misericordia. (...) La Acción social católica, unas veces es la influencia de Jesucristo obligando a los Zaqueos de todos los tiempos a devolver con creces lo mal habido, otras veces es la compasión del samaritano que repara las faltas y los egoísmos del fariseo. Y es siempre el amor del Corazón de Jesús que *pasa haciendo bien* por la pobre sociedad»<sup>71</sup>. El discurso termina con un *Epílogo* muy realista y gracioso:

«Para que la acción de los católicos sea *social y católica*, hay que persuadirse bien de los siguientes axiomas cristianos:

1º Dios, en las obras hechas para su gloria, no premia el fruto recogido, sino el trabajo empleado (*para los descontentadizos*).

2º Podemos hartar a un pobre de comida, de dinero y de bienestar, y podrá no convertirse. La conversión es obra exclusiva de la gracia de Dios (*para los presuntuosos*).

3º En las obras que se emprenden por y para Dios, no es Dios quien pone la menor parte (*para los tímidos*).

4º La obra mejor empezada puede hacerse inútil por la inconstancia (*para los flojos*).

5º El dinero, con valer tanto, es lo menos necesario para la acción, cuando se cuenta con buenas voluntades y se sabe contar con la gracia de Dios (*para los calculistas*).

6º Más obras buenas dejan de emprenderse o de proseguirse por falta de confianza en Dios, que por falta de dinero (*para los desconfiados*).

7º La piedad es útil para todos (*para los buenos*).

8º La Acción social católica es un negocio que el hombre lleva a medias con Dios. ¿Quién ganará más y se aburrirá más pronto? (*para los pesimistas*)»<sup>72</sup>

### 3.2. «El Señor es mi pastor» (Sal 22); «El buen pastor da la vida por las ovejas» (Jn 10,11)

De Cristo Jesús, su único Señor y Pastor, aprendió Manuel González a ser un «buen pastor». ¡Cuántas veces repetía esta jaculatoria: «Pastor bueno, hazme buen pastor»! Y con plena confianza acude a la Virgen con estas palabras,

70. JOSEPH RATZINGER – BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, 327.

71. *Ib.*, n. 1.905.

72. *Ib.*, n. 1.910.

reflejo de su deseo de identificación con su Hijo: «Madre Inmaculada, que este sacerdote tuyo, por donde quiera que pase, *dé siempre sólo a Jesús*, envuelto en su palabra, en su mirada, en su gesto, y hasta en su aliento»<sup>73</sup>.

En la Carta con la que ha sido convocado el reciente *Año Sacerdotal* se señala: «San Juan María Vianney subrayaba el papel indispensable del sacerdote cuando decía: «Un buen pastor, un pastor según el Corazón de Dios, es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia, y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina»»<sup>74</sup>.

Ahora nos detendremos en un aspecto que fue prioritario en la vida de don Manuel durante el período de su ministerio episcopal: *la preocupación por los sacerdotes*. Inicia este ministerio en la diócesis de Málaga a las puertas de los cuarenta años. Joven obispo pero con un bagaje de experiencia pastoral ya consolidado.

El abanico de responsabilidades es ahora aún más amplio. Y de nuevo lo afronta con la mirada puesta en el Sagrario y en las necesidades reales de su grey. Ciertamente, es imposible llegar a todo, y tampoco le corresponde hacerlo todo. Sabe que cuenta con unos colaboradores insustituibles: sus sacerdotes. Y aquí es donde una inquietud se le clava en el alma: la situación del clero diocesano y la formación de los futuros sacerdotes. Como en ocasiones anteriores, sus ideales son de alto vuelo. Veamos lo que escribe a un sacerdote:

«Yo deseo para usted un sacerdocio que escriba como San Francisco de Sales, que predique como San Juan Crisóstomo, que confiese como el Santo Cura de Ars, que celebre como San Felipe Neri, que se chifle por la gloria del Amo como San Ignacio por la gloria de Dios, que se entregue a los prójimos sin quitarse a Dios como San Pablo, que sea puro, fiel y delicado como San Juan Evangelista, y que ame a Dios, a la Iglesia y a las almas como el propio Corazón de Jesús. Lo quiero a usted tan ilustrado como humilde, tan celoso como discreto, tan blando como puro, tan confiado en Él como desconfiado de sí, tan activo como interior, tan loco por la Eucaristía como el loco mayor del Amor no amado. Que sea usted un sacerdote eucarístico en su piedad, en su propaganda, en su catequesis, en su familia, en sus amistades, en sus puntos de vista y... todo lo demás vendrá por añadidura»<sup>75</sup>.

Para que haya sacerdotes así, hay que hacer algo. Si Él lo quiere, le pondrá los medios. Y así es como empieza a tomar cuerpo en su mente y en su corazón «*un sueño pastoral*», es decir, la construcción de un nuevo seminario para Málaga. Pero... no cualquier seminario. Un seminario muy especial: *un seminario eminentemente eucarístico*. Dejemos que de nuevo él nos lo relate:

73. *Mi jaculatoria de hoy*, n. 341.

74. BENEDICTO XVI, *Carta para la convocación de un Año Sacerdotal con ocasión del 150º aniversario del «dies natalis» del Santo Cura de Ars*, 16 de junio de 2009.

75. *Carta a un presbítero*, publicada en: *El Granito de Arena*, 1968, p. 101.

«Hay que hacer un seminario en el que *la Eucaristía sea e influya lo más que pueda ser e influir*. Esto es: *Un seminario sustancialmente eucarístico*.

Un seminario en el que la Sagrada Eucaristía fuera: en el orden pedagógico, el más eficaz estímulo. En el científico, el primer Maestro y la primera asignatura. En el disciplinar, el más vigilante inspector. En el ascético, el modelo vivo y el punto de partida y el de llegada y el más corto y seguro camino entre los dos. En el económico, la gran providencia y en el orden arquitectónico, la piedra angular... Un seminario en el que la sagrada Eucaristía no sólo se comiera por las mañanas en Comunión, sino que se viviera a todas horas y se respirara, y se gozara y se rebosara por todas partes. En el que fuese el padre, la madre, el consejero, el amigo, la orientación, la luz de los días y el descanso de las noches.

Yo no quiero un seminario en el que la sagrada Eucaristía sea una de sus *cosas*, aunque la principal, sino que el seminario aquel sea una *cosa* de la Eucaristía, y por consiguiente, en que todo de ella *venga, a ella lleve y vaya*, desde la roca de sus cimientos hasta la cruz de sus tejados. En el que todo lo que viva, se mueva o pase, sea homenaje a ella; donde todo lo que exhale aromas como sus tomillos y sus flores y sus pinos, como el mar con sus brisas y la montaña con sus recios olores o castaños y encinas, sean *incensario* siempre encendido, y en el que todo ruido de fuentes que corren, de mares que surgen, de vientos que zumban, de aves que cantan, de niños que rezan o ríen, estudian o dan lecciones, no sea otra cosa que el canto perenne del *Tantum ergo* de la adoración, de la gratitud, de la expiación y de la súplica que *mi seminario* cante día y noche ante las puertas del palacio del más rico y despreciado Amante, del más bueno y abandonado Padre, del más generoso y peor servido Rey... *Jesucristo Sacramentado*»<sup>76</sup>

Con este perfil se diseñó el seminario desde sus cimientos. Simbólicamente, la primera piedra de toda la construcción está situada bajo el Sagrario de la Iglesia: «Ésta forma en su parte superior una pirámide, que quedará al descubierto a fin de que su vértice coincida con el centro de la base del Sagrario. En la cara anterior lleva grabado un pez, antiguo símbolo de Cristo, orlado por una guirnalda de espigas y racimos de uvas, y en la base esta inscripción: Cabeza del ángulo; viniendo a ser todo el grabado una especie de jeroglífico sagrado que se descifra así: *Cristo Sacramentado cabeza del ángulo*»<sup>77</sup>. El templo concluido fue coronado con la imagen del Corazón de Jesús con los brazos abiertos.

Y bajo este ideal se organizó la vida de los seminaristas en todo el ciclo formativo, elaborado con vistas a que se engarcen de manera armónica estos cuatro elementos constitutivos de la formación sacerdotal: piedad sacerdotal, celo pastoral, ciencia eclesíastica y disciplina familiar<sup>78</sup>. Don Manuel desea ardientemente que:

«Si la Eucaristía es Pan de Vida, el seminario es el taller en donde se adiestran los Panaderos que lo han de elaborar, partir, distribuir y guardar, cuando sobre.

76. *Un sueño pastoral*: OO.CC. II, nn. 1.994-1.996.

77. *Ib.*, n. 2.049.

78. Cf. *ib.*, nn. 2.169 y ss.

Si la Eucaristía es Luz de nuestros días y de nuestras noches, el seminario es la sala de gimnasia en que se ejercitan y se robustecen los brazos que han de levantarla en lo alto del monte para que ilumine a muchos, y los pies que la han de llevar por toda la tierra.

Si la Eucaristía es Medicina, el seminario es la clínica, que enseña a diagnosticar las enfermedades de las almas y de los pueblos y los modos más aptos de proponerles el único y eficaz remedio.

Si la Eucaristía es Agua Viva, el seminario es fábrica de canales que conduzcan esa agua a las bocas sedientas.

Si la Eucaristía es Hostia, que se inmola cada día, el seminario es el molino y lagar para obtener la harina y el vino de las hostias vivas y agradables a Dios que deben ser los que cada día ofrecen la Hostia pura, santa e inmaculada»<sup>79</sup>.

Lo expuesto sobre el seminario que soñó y, no obstante las dificultades, llegó a construirse, está referido principalmente a los seminaristas que se preparan para el sacerdocio. Pero a don Manuel le preocupa también la vida de sus ya presbíteros, insertos en las numerosas actividades pastorales. Cuando lleva un año escaso en Málaga, hace esta constatación:

«El estudio constante de las necesidades del clero, y el afán con el que nos dedicamos a su remedio, nos ha llevado a conocer que la causa de muchos males y quebrantos, tanto en el orden espiritual como en el temporal, que aquejan a los sacerdotes es la *incomunicación* en que viven. Y que esa incomunicación sea funesta, opuesta a la suprema aspiración del Divino Maestro, *ut unum sint*, contraria al espíritu de la Iglesia y engendradora de males sin cuento, no hay para qué detenerse en demostrarlo»<sup>80</sup>.

Teniendo en cuenta esa realidad, posteriormente establecerá una serie de actividades encaminadas a cuidar la vida de sus sacerdotes. Así lo comunica en una Carta pastoral:

«Se tendrán reuniones periódicas con todos los sacerdotes del arciprestazgo... con su rato de meditación ante el Sagrario, su conferencia sobre los puntos de dogma, moral y liturgia señalados, sus tiempos libres para confesiones mutuas, consultas, comida en común y fraternales expansiones. ¡Qué gusto darán al Corazón de Jesús, qué edificación a los fieles y qué consuelos y alientos a los corazones sacerdotales, oprimidos por angustiosas y dañinas soledades!»<sup>81</sup>.

La extensión de este artículo no permite mayor detalle, pero es evidente para quienes están familiarizados con los documentos del Concilio Vaticano II, en especial con los decretos *Christus Dominus*, sobre el oficio pastoral de los obispos, *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, y *Optatam*

79. *Ib.*, nn. 2.162-2.166.

80. *Boletín del Obispado de Málaga*, 15 de septiembre de 1916, p. 351.

81. *Carta pastoral sobre Espíritu y Organización*, en: *El Granito de Arena*, 1934/1, p. 36.

*totius*, sobre la formación sacerdotal; y con las más recientes exhortaciones apostólicas postsinodales: *Pastores dabó vobis* (1992) y *Pastores gregis* (2003), la notable actualidad de los escritos de don Manuel en el tema de la vida sacerdotal. Al menos queremos dejar constancia de un magnífico texto del Magisterio actual en el que se fundamenta la relación entre Eucaristía y sacramento del Orden:

«La relación intrínseca entre Eucaristía y sacramento del Orden se desprende de las mismas palabras de Jesús en el Cenáculo: “Haced esto en conmemoración mía” (Lc 22,19). En efecto, la víspera de su muerte, Jesús instituyó la Eucaristía y fundó al mismo tiempo *el sacerdocio de la nueva Alianza*. Él es sacerdote, víctima y altar: mediador entre Dios Padre y el pueblo (cf. Hb 5,5-10), víctima de expiación (cf. 1 Jn 2,2; 4,10) que se ofrece a sí mismo en el altar de la cruz. Nadie puede decir “Esto es mi cuerpo” y “Éste es el cáliz de mi sangre” si no es en el nombre y en la persona de Cristo, único sumo sacerdote de la nueva y eterna Alianza (cf. Hb 8-9). (...) El sacerdocio, como decía san Agustín, es *amoris officium*, es el oficio del buen pastor, que da la vida por las ovejas (cf. Jn 10,14-15)»<sup>82</sup>.

### CONCLUSIÓN

La imposibilidad de una autonomía total y la capacidad de confiar en el otro fundamentan en la persona la necesidad de contar con *modelos* a los cuales referirse. Por otra parte, se constata en nuestra sociedad un eclipse de modelos, debido a que la parcialidad y fugacidad de las figuras que se ofrecen son incapaces de satisfacer la exigencia de contar con un punto de referencia en el que fundar la propia vida. Esto produce vacío y desorientación.

En este contexto, la categoría de *testimonio* adquiere especial relieve. La atracción que ejerce el *modelo* proviene de una belleza que se impone sin argumentos, atrapa desde su autenticidad. Convince a través de la sublimidad de los valores que muestra. Lo que fascina es la transparencia con la cual brillan en él los verdaderos valores, que todo corazón anhela.

El filósofo francés H. Bergson, en su obra *Las dos fuentes de la moral y la religión*, acerca de las personas que llegan a ser *modelo*, nos dice: «¿Por qué los santos tienen imitadores? ¿Por qué los grandes hombres de bien han arrasado tras ellos a las multitudes? No piden nada y sin embargo obtienen todo. No tienen necesidad de exhortar, les basta con existir. Su misma existencia es una llamada. Sólo quienes se han encontrado en presencia de una gran personalidad moral han conocido enteramente la naturaleza de esta llamada».

*Su misma existencia es una llamada*. Esta es la clave para entender la vida de quienes se convierten en *modelos*. Su existencia, silenciosamente, sin herir la libertad y con pleno respeto a la identidad original de cada persona, convoca y conduce hacia la plenitud que todo ser humano anhela en lo más profundo.

82. Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, 23.

El beato Manuel González, con la respuesta fiel y gozosa a su vocación, nos ofrece un *testimonio* de vida realizada en plenitud y nos propone *un camino*, el que él recibió como don y ofreció a todos con sencillez: *dejarnos eucaristizar para vivir eucaristizando*. Esta es la herencia que nos ha dejado y que revela la fuerza incontenible del amor eucarístico.

Iniciábamos este artículo presentando a don Manuel como «*Modelo de fe eucarística*». Al concluir, esperamos que estas páginas puedan contribuir a descubrirlo como compañero de camino seguro. Con ese deseo invitamos a recitar la oración que el joven sacerdote Manuel González, con entrañable confianza, dirigió a la Virgen en los primeros años de su ministerio:

«¡Madre Inmaculada! ¡Que no nos cansemos! ¡Madre nuestra! ¡Una petición! ¡Que no nos cansemos!

Sí, aunque el desaliento por el poco fruto o por la ingratitud nos asalte, aunque la flaqueza nos ablande, aunque el furor del enemigo nos persiga y nos calumnie, aunque nos falten el dinero y los auxilios humanos, aunque vinieran al suelo nuestras obras y tuviéramos que empezar de nuevo... ¡Madre querida!... ¡Que no nos cansemos!

Firmes, decididos, alentados, sonrientes siempre, con los ojos de la cara fijos en el prójimo y en sus necesidades, para socorrerlos, y con los ojos del alma fijos en el Corazón de Jesús que está en el Sagrario, ocupemos nuestro puesto, el que a cada uno nos ha señalado Dios. ¡Nada de volver la cara atrás! ¡Nada de cruzarse de brazos! ¡Nada de estériles lamentos!

Mientras nos quede una gota de sangre que derramar, unas monedas que repartir, un poco de energía que gastar, una palabra que decir, un aliento de nuestro corazón, un poco de fuerza en nuestras manos o en nuestros pies, que puedan servir para dar gloria a Él y a Ti y para hacer un poco de bien a nuestros hermanos... ¡Madre mía, por última vez! ¡MORIR antes que cansarnos!»<sup>83</sup>.

83. *Testimonio y mensaje. Antología eucarística*, Madrid 2007<sup>3</sup>, n. 412. Esta oración se publicó por primera vez en la revista *El Granito de Arena*, 5 de septiembre de 1909, p. 2.